

# PRESENCIA

## EN VISPERAS DE ACONTECIMIENTOS MILENARIOS

Este número insólito de PRESENCIA, en este final de 1966, quiere aportar una palabra inédita que ilustre sobre los excepcionales acontecimientos que se vienen preparando y que han de tener, a breve plazo, cumplimiento de ritmo vertiginoso.

Como estos hechos están vinculados con el tema de la Conferencia que dio en el Salón Kraft el Pbro. Dr. Julio Meinvielle el 7 de noviembre sobre "El Conflicto dólar-oro y la Revolución Mundial", publicamos el texto íntegro de dicha conferencia, como artículo substancial, ilustrativo de la presente entrega.

### *El Conflicto dólar-oro*

Decimos que estos acontecimientos, de escala milenaria, en cuyas visperas nos encontramos, se hallan vinculados con el actual conflicto dólar-oro. En efecto, este conflicto, entre otras muchas implicaciones, señala nítidamente la ruptura de las dos series de hechos que caracterizan al hombre moderno que, desde el Renacimiento se viene prolongando hasta hoy, durante los últimos cinco siglos. Estas dos series de hechos las constituyen, por una parte, el progreso de la ciencia positiva y de su aplicación al campo de la economía y de la cultura. La ciencia y la tecnología encierran valores, de suyo buenos y valiosos que no pueden explicar por sí mismos la condición calamitosa y desgraciada en que se halla sumergido el hombre actual. Por ello, para tener idea cabal del hombre moderno, hay que poner la atención al mismo tiempo, en otra serie de hechos que se desenvuelven en estos últimos siglos y que son de signo siniestro. Estos hechos constituyen lo que se llama la "Revolución Mundial". La Revolución Mundial de los agentes subversivos seculares de Occidente, que están empeñados en la des-

trucción del "hombre cristiano tradicional" y, para ello, en la destrucción de la civilización cristiana o ciudad católica con la que la Iglesia plasmó a ese hombre durante siglos.

El momento actual se caracteriza porque tanto la serie de hechos que se agrupan alrededor del "Progreso Tecnológico" como los que se agrupan alrededor del "Progreso Revolucionario" están llegando a su punto-cumbre. Si logran coincidir, sería un hecho ya, el gobierno mundial que preconiza Toynbee. Gobierno mundial cuyas características siniestras han sido puntualizadas en el magnífico libro de Pierre Virion, "El Gobierno Mundial y la contra iglesia", y que se resumen en la "Tecnocracia y la Satano-cracia". De aquí la significación del artículo de Fernando Estrada que se incluye en el presente número.

### *Sinarquia contra Tecnología*

Pero la historia no la rigen los hombres sino el beneplácito de Dios. Y he aquí que, en el preciso momento, en que los agentes diabólicos de la Revolución Mundial, creían estar en condiciones

de hacer efectivo el gobierno de las naciones del mundo se produce una ruptura entre la Banca Mundial, ahora con sede en Europa, cuyo representante político es De Gaulle, quien encarna el Poder Financiero Internacional, por una parte, y, por otra, el Poder Tecnológico puro, representado por la supervivencia de los Estados Unidos, como potencia política de liderazgo mundial, y cuyo abanderado es el Presidente Johnson.

No hacemos juicio sobre la bondad del uno ni sobre la maldad del otro. Simplemente creemos que los dos bloques en los cuales el mundo se está dividiendo, marchan, inexorablemente, a la Tercera Guerra Mundial. Creemos, en consecuencia, que esta ruptura pone en peligro, el gobierno mundial que la Sinarquia, de la que Toynbee es un representante destacado, estaba a punto de hacer efectivo.

### *Significación milenaria del actual conflicto*

El actual conflicto entre el Poder Revolucionario y el Poder Tecnológico ha de significar el hecho catastrófico final que pon-

ga fin al período convulsivo en que ha entrado el hombre occidental desde 1910, con la primera guerra mundial, y, por lo mismo a los hechos revolucionarios que han ido preparando a ese hombre convulsivo desde el Renacimiento hasta aquí.

El conflicto será lamentable como ha de serlo toda catástrofe, mucho más cuando se ha de presentar con caracteres gigantescos. Pero el conflicto puede también ser *saludable*. Cinco siglos de destrucción del hombre, con el naturalismo, el liberalismo, el socialismo y el comunismo han de ser barridos de la historia humana en pocos minutos. Los artefactos, hijos de la invención humana, servirán para destruir la soberbia prometeica del hombre que creía haber escalado el trono de la divinidad. El hombre, creador de sí mismo, como enseña Marx, destruirá su propia soberbia.

Sobre las ruinas de la ciudad prometeica podrá levantarse luego un mundo nuevo, en que se pongan en vigor las leyes de la ciudad cristiana, que vienen enseñando al mundo de hoy los Pontífices romanos, desde León XIII a Paulo VI, y que acaba de sancionar Vaticano II en los magníficos documentos conciliares.

Es evidente que, con el progresismo cristiano, la Revolución Mundial ha logrado penetrar hondamente dentro de la Iglesia misma. Pero con la derrota de la Revolución Mundial, en cuya vispera nos encontramos, también habrá de desaparecer el estúpido "hombre nuevo" con que sueñan los progresistas, y del cual nos adelanta las condiciones prodigiosas el equipo que se agrupa alrededor de "Tierra Nueva". Ello nos obliga a dedicar una nota en el presente número a este fenómeno del progresismo cristiano entre nosotros. Progresismo, que no es sino la traducción en el plano y dentro de la Iglesia de la

## SUMARIO

PRESENCIA: *En visperas de acontecimientos milenarios.*

— JULIO MEINVIELLE: *El Conflicto dólar-oro y la Revolución Mundial.* — PRESENCIA: *La Revolución argentina.* — JULIO MEINVIELLE: *"Hombre Nuevo", ¿Normal, degradado o inmaduro?* — FERNANDO DE ESTRADA: *Toynbee, Virion y el gobierno mundial.* — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: *Romancillo de Garabandal.* — Documentos: *Confusión en alto nivel.*



acción subversiva de la Revolución Mundial.

### *El problema de la moneda y nuestra Revolución Argentina*

Los acontecimientos que se desarrollan hoy en el mundo y que, en cierta manera, se resumen en el conflicto dólar-oro, tienen también traducción, y traducción vi-

va, en el panorama nacional. La suerte, bien azarosa por cierto, de la actual Revolución argentina lo demuestra acabadamente.

Las condiciones de una buena moneda, como se destaca en la conferencia del Pbro. Dr. Julio Meinvielle, aclaran suficientemente las de una buena economía, como, a su vez, éstas aclaran las de una buena política, y así, co-

mo a su vez, éstas aclaran las de una buena metafísica. En una civilización todo está vinculado porque, en definitiva, no hay sino una única esencia humana. La Revolución se opone diametralmente, en su absurda política de "liberalización", a una buena moneda, y por lo mismo a una buena economía, a una buena política, y con ello a una sana con-

dición del hombre. La Revolución Argentina eminentemente antinacional y antihumana merece por lo mismo una nota en el presente número.

*La Virgen, Madre de la Iglesia, ha de salvar al mundo*

El mundo, y nuestra patria en particular, se hallan en condicio-

## EL CONFLICTO DOLAR-ORO

Sabido es que hoy existe un conflicto en el sistema monetario internacional. Lo que quizás no se advierte es que el problema no parece plantearse en un terreno puramente financiero sino que alcanza los planos económico, político, ético y religioso. Es un problema de civilización.

### *Cómo se plantea el problema específicamente monetario del oro y del dólar*

Partamos del año 1934 en que los Estados Unidos, a través del Departamento del Tesoro, se comprometen a vender oro al tipo de cambio de paridad de 35 dólares por onza troy a los gobiernos y a los Bancos Centrales extranjeros que tienen depósitos en dólares. Los bonos en dólares que mantienen en sus reservas los Bancos Centrales de otros países son fácilmente vendibles primero en dólares y luego en oro. Los saldos en dólares de los particulares extranjeros en los Estados Unidos pueden venderse en cualquier momento al Banco Central de su país transformándose inmediatamente en saldos oficiales de los Estados Unidos.

Sobre estas bases, y siendo los Estados Unidos el único país del mundo que aceptaba en su legislación la obligación de convertir los dólares en oro y el oro en dólares, frente a los Gobiernos y Bancos extranjeros, era indudable que el dólar debía adquirir una función de "divisa de reserva", poniéndose en vigencia así al fin de la segunda guerra mundial el patrón de cambio oro. La segunda divisa, al lado del dólar norteamericano, debía ser la libra esterlina.

Al fin de la segunda guerra mundial tenemos que, con la aceptación del Fondo Monetario Internacional, el dólar y la esterlina pasaron a ser "divisas de reserva" y el mundo volvió a estructurar el sistema monetario sobre el patrón oro, coexistiendo al lado del oro, el dólar y la libra.

Las cosas parecieron marchar sin dificultad hasta 1957, en que los Estados Unidos mantenían

oro por un valor de 22.857 millones de dólares. Pero a partir de entonces se produce un continuo descenso en las reservas oro de los Estados Unidos que alcanza una pérdida, a fines de 1958, de 2.275 millones de dólares. El descenso continúa y en junio de 1964 las tenencias de oro alcanzan en los Estados Unidos a 15.623 millones de dólares.

El 4 de febrero de 1965, el general de Gaulle denunció en conferencia de prensa que tuvo excepcional resonancia, la situación que este drenaje de oro de los Estados Unidos significaba para la estabilidad del sistema monetario mundial. Comenzó por reconocer de Gaulle que, al encontrarse los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial con la casi totalidad de las reservas mundiales de oro, había conseguido, en su calidad de proveedor del universo, mantener indistintamente en dólares o en oro las reservas del cambio y por consiguiente en saldar por medio de transferencias de crédito o signos monetarios norteamericanos lo mismo que con oro, sus déficit en la balanza de pagos. Pero que "en la actualidad ese sistema no parece estar en armonía con la realidad y, por ende, presenta inconvenientes que lo van haciendo cada vez más pesado".

De Gaulle señala otros inconvenientes. El 1º, que las monedas de los Estados de Europa Occidental se habían restablecido y que si quisieran convertir en oro los dólares que tenían a su favor, tendrían una reserva-oro superior a la de los Estados Unidos; 2º, que al compensar en dólares igual que en oro sus déficit en la balanza de pagos, no hace Estados Unidos sino otorgar créditos al exterior, lo que quita al dólar su carácter de "signo imparcial e internacional para el comercio"; 3º, que, sin tener déficit en su balanza de comercio, al exportar dólares los Estados Unidos, desequilibran su balanza de pagos y expropian con papeles inflacionarios empresas de los otros países; 4º, señala finalmente que semejante práctica, aunque favorece la múltiple y considerable ayuda

que los Estados Unidos prestan al desarrollo de muchos países, produce un desequilibrio en el sistema monetario, ya que si los Estados Unidos quisieran convertir en oro sus dólares en el exterior no serían suficientes sus reservas oro. A este respecto, Valéry Guiscard d'Estaing, Ministro de Hacienda de Francia, advertía pocos días después del discurso de De Gaulle, el 11 de febrero de 1965, que Estados Unidos tenía en el exterior 25.000 millones de dólares, suma, en efecto, que no podría reembolsar en oro.

¿Qué conclusión sacaba de Gaulle de sus críticas?

"Por consiguiente, decía, creemos necesario que el mercado internacional se verifique como ocurría antes de las grandes desgracias que ha sufrido el mundo, sobre una base monetaria indiscutible, que no lleve el sello de ningún país en particular".

"¿Qué base? En verdad, uno no ve a este respecto que pueda haber otro criterio, otro patrón, que el oro. Pues sí, el oro, cuya naturaleza no cambia, que se transforma indiscutiblemente en barras, en lingotes o en moneda acuñada, que no tiene nacionalidad, que desde una eternidad y universalmente se considera algo inalterable y el valor fiduciario por excelencia".

Desde esta denuncia espectacular formulada por De Gaulle se plantea públicamente en el mundo, el problema del predominio de la moneda: si el oro, como lo reclama De Gaulle; o si el dólar, como lo imponen los Estados Unidos.

El problema lo toma entonces, el Fondo Monetario Internacional, a quien le corresponde directamente, y el Comité de los Diez formado por los países de mayor desarrollo económico y comercial. El problema planteado por De Gaulle —que es específicamente un problema de predominio financiero mundial— se ve envuelto en problemas anexos, como el de la liquidez comercial internacional. De aquí las diversas tentativas de soluciones que se le quiere dar ampliando, de

una u otra manera, las cuotas o reservas en el Fondo Monetario Internacional. Creemos, sin embargo, que, aunque pueda coexistir un problema de liquidez —ya que esto es crónico en el sistema monetario internacional vigente y, en general, en toda economía capitalista— no es este propiamente el problema planteado por De Gaulle.

El problema consiste específicamente en determinar si una economía como la americana, con un fuerte aparato productor —sin igual en el mundo económico— pero con reservas oro que se debilitan ostensiblemente, puede mantener su moneda inalterada, y con su moneda, todo su actual desarrollo económico, o si en cambio, ha de subordinar su moneda y con ella toda su economía, a las reservas y al valor del oro. Dicho de otra manera, el problema consiste en determinar si una economía como la europea, con fuerte respaldo oro, pero con no tan fuerte aparato productor, puede predominar sobre una economía como la americana de fuerte aparato productor y de un respaldo oro en debilitamiento.

Además, con éste, se plantea otro problema y es cómo es posible mantener rígida la relación dólar oro cuando es de toda evidencia que el poder adquisitivo del dólar y el del oro se ha reducido considerablemente, desde, al menos 1934, tanto que actualmente se los debe considerar sobrevaluados artificialmente con respecto a las demás mercaderías, de donde parece justa la demanda de la Unión Sudafricana que calcula en setenta y no en treinta y cinco dólares, el valor de la onza troy oro.

Una vez resueltos estos problemas, queda por resolver el siguiente: ¿qué poder actúa detrás de De Gaulle y con qué propósito? ¿Será cierto, hoy que el mismo historiador Toynbee habla de la inminencia del gobierno mundial, que la Revolución Mundial está empeñada en el debilitamiento de los Estados Unidos?

Vamos a estudiar estas cuestiones por separado.



nes, prácticamente imposibles, de una convivencia humana. La Revolución Mundial tiene aprisionados los resortes del poder político, económico y cultural de los pueblos y mientras no sean rotas estas cadenas de presión que se manejan en plano internacional, inútil todo esfuerzo por lograr una paz justa que asegure el bienestar de las naciones.

Lo que es imposible para los hombres, no puede serlo para Dios. Y Dios está presente en la Historia. Y está presente con la presencia viva que se ha asegurado en la historia cristiana el Dios hecho hombre. Y al lado de Jesucristo, su Madre, que, por lo mismo, es Madre de la Iglesia. De aquí, la significación, en esta hora oscura de los pueblos, de los

grandes santuarios que han sido testigos de la presencia de María, Madre de Dios y de la Iglesia. De Lourdes, de Fátima y, en un cercano próximo, del de San Sebastián en Garabandal.

El mundo ha de conocer días tremendos de infortunio. Pero también ha de conocer días esplendidos de cristiandad. De aquellos días prenunciados, hace

ya varios siglos, por un gran misionero mariano, por San Luis María Grignon de Monfort, quien anuncia para la Iglesia un florecimiento inusitado del fervor mariano con la manifestación de grandes santos que han de sobrepasar en santidad y en poder de la palabra todo lo que hasta aquí hemos conocido.

PRESENCIA

## Y LA REVOLUCION MUNDIAL

*Primera Cuestión: Si el oro por ser oro llena la condición de moneda, o qué cosa hace que la moneda sea moneda*

En primer lugar, hay que partir del hecho de que, desde la revolución industrial, iniciada en el siglo XVIII el mundo progresa en las ciencias y en la tecnología de modo vertiginoso. Es sobre todo la energía lo que da base para el desarrollo. Energía de vapor, de carbón, de gas, de electricidad, de petróleo, de la fisión nuclear señalan otras tantas etapas de progreso económico. Sin embargo, los pueblos o no progresan por igual, o progresan con enormes sobresaltos y crisis de modo que es justo reconocer que el progreso tecnológico no coincide con el progreso económico. Es un hecho que se dan en el mundo de hoy ilimitadas posibilidades de expansión económica debido al aparato tecnológico de poder ilimitado con una contracción efectiva o con amenaza de contracción en el consumo de bienes y servicios determinada entre otras causas por la escasez monetaria.

Esta situación parece plantear de entrada el problema de las monedas y abona la convicción de que no puede ser buena una moneda que frena el desarrollo económico de los pueblos o que frena las posibilidades de expansión del aparato tecnológico cuando todavía no han sido satisfechas las necesidades de los mismos.

**NATURALEZA DE LA MONEDA:** Esto nos lleva al estudio de la naturaleza de la moneda y de las condiciones que ha de llenar para satisfacer una naturaleza sana.

Creemos que en este problema nada se ha dicho superior a lo apuntado por Aristóteles en el libro de su *Ética a Nicómaco*:

"Es indispensable que todos los bienes sean medidos por medio de un único patrón... Y este patrón no es otro, en realidad, que la necesidad (*χρεία*), que es el lazo universal (porque si los hombres no tuviesen necesidad de nada, o si sus necesidades no fueran semejantes no habría cambio

alguno, o los cambios serían diferentes); pero la moneda ha llegado a ser una especie de sustituto del cambio y esto por convención, y es por esta razón que la moneda recibe el nombre de *numisma*, porque no existe por naturaleza sino en virtud de la ley, y está en nuestro poder cambiarla y hacerla inutilizable".

Aquí dice Aristóteles una serie de verdades que constituyen el fundamento de un sano ordenamiento económico.

1º La moneda, cualquiera que ella sea, con valor puramente extrínseco o con valor intrínseco, es moneda por un acto puramente convencional del poder político.

2º Si se constituye moneda por el poder político mantiene su valor de moneda solamente dentro de la comunidad política que la reconoce y, fuera de esa comunidad, en aquellas otras comunidades con las cuales mantiene relaciones amistosas la dicha comunidad política.

3º Dicha moneda convencional y legal, cualquiera sea su valor intrínseco o puramente extrínseco, tiene un valor *representativo* de la verdadera moneda que es la *necesidad humana*. La *χρεία* que le llama Aristóteles. Esta palabra que emplea aquí Aristóteles —*χρεία*— significa primeramente *uso*, de *utor* *utilidad*, y como lo que es útil lo es en la medida en que satisface las diversas necesidades que el hombre tiene, *χρεία* significa también *necesidad*. Y como lo que es útil y necesario el hombre lo reclama, lo pide, lo demanda, también puede traducirse por *demanda*. Y esto explica por qué los diversos traductores de Aristóteles emplean una u otra palabra para significar *χρεία*.

Dice Aristóteles en definitiva que la utilidad o necesidad o demanda —*χρεία*— es la verdadera medida de bienes y servicios, y que el dinero es el sustituto de dicha necesidad.

4º Si dentro de una comunidad política la verdadera moneda es la *necesidad*, o *utilidad* o *demanda* de bienes y servicios, nuestra atención debe dirigirse a de-

terminar el recto valor de esta utilidad porque ella fija precisamente la razón de ser de la misma sociedad política ya que los hombres se agrupan en sociedad política para intercambiar bienes y servicios que los unos pueden producir y de los que otros tienen necesidad y que, en consecuencia, demandan.

Aquí hay que atender a una condición de la naturaleza humana, que justifica precisamente la necesidad de intercambiar bienes y servicios. Esta condición está determinada por el hecho de que un hombre se hace experto en la producción de unos pocos bienes y servicios y, en cambio, necesita de otros muchos para satisfacer las necesidades de su vida. Así, por ejemplo, uno se hace experto en el arte del cuero, o en la fabricación de casas, pero necesita para su vida de los productos del agricultor o los servicios del médico y del arquitecto.

**LA VERDADERA MONEDA.** Si la condición del hombre obliga a cada uno a reducirse a la producción de un tipo de bien o mercancía, mientras la satisfacción de sus necesidades diarias debe colmarlas con los bienes y servicios de los otros productores, ello lleva necesariamente al hombre al intercambio recíproco de bienes y servicios, el cual, por lo mismo, debe efectuarse igualando la diversa producción de cada uno. En consecuencia, la *verdadera moneda*, o el último patrón de cambio, debe efectuar el cambio de los bienes y servicios de cada uno de los productores por el de los otros productores en forma tal que mantengan proporcionalmente la diversa desigualdad de cada uno de los diversos productos. Porque no cambian sus productos dos médicos entre sí, sino un médico con un zapatero, o con un sastre o con un constructor. ¿Cuál es en definitiva, la condición del intercambio de diversos productores —zapateros, arquitectos, médicos, abogados, agricultores— para que todos tengan interés y aliciente en producir e intercambiar? ¿Cuál es el valor económico de bienes y servicios en una

comunidad dada que estimule la producción de los mismos?

Los antiguos han visto bien que la ciudad humana es una *unidad* de desigualdades. Una *unidad* porque precisamente para beneficiarse del esfuerzo común se unen muchos en la ciudad. Obtener los esfuerzos de muchos que uno sólo no puede conseguir. Y la razón última de esto se debe a que el hombre, que necesita de muchas cosas, sólo puede ser práctico en fabricar unas pocas. Desigualdades porque precisamente diversos son los talentos y condición de los hombres que trata de igualar la ciudad.

Pero, ¿cómo se establece la justa *unidad* en esta unión de desigualdades?

Aristóteles establece la proporción en que debe efectuarse el cambio en una ciudad justa, entre todos los productores que contribuyen, con su trabajo, a producir la riqueza común.

Debe haber proporción entre el zapatero y el alimento que recibe, igual a la que existe entre el agricultor y los zapatos. Antes y después del cambio deben quedar equivalentes o iguales la situación del agricultor como la del zapatero. Por efecto del cambio no debe modificarse la situación social de cada grupo de productores que componen la sociedad.

Para que esto acaezca será necesario que los grupos sociales, al producir e intercambiar su producción, tengan una *idea justa* de la recta proporción y, además, hábitos morales y mecanismos jurídicos que lleven a la práctica ese intercambio de la producción de cada uno, de acuerdo con su posición en la escala social de esa ciudad.

Porque en los productores puede establecerse una lucha entre un régimen justo de intercambio y un régimen injusto. Un grupo social, sea por las ideas erróneas de cuál sea su posición en la escala de la ciudad, sea por una razón de predominio, puede aspirar a sacar más del hecho mismo del intercambio. Si esto fuera así, un grupo social recibiría más a costa de otro grupo que



recibiría menos, y se iría creando así una ciudad disimétrica, inarmónica, en que un grupo acabaría por acumular toda la riqueza a costa de otros grupos de pauperizados y así, a la postre, el intercambio no funcionaría.

En una sociedad como la capitalista, que es esencialmente compleja y dinámica, es decir, en la que hay un factor que acelera la producción de riqueza como es el capital, será necesario para que el cambio se desarrolle con justicia, que no sólo los bienes de consumo, sino que también los de producción, se vayan repartiendo *proporcionalmente* entre todos los grupos productores que contribuyen a crearlo. Así, financieros, industriales, productores rurales, comerciantes, empresarios, empleados, obreros, deben, cada uno en el lugar de la escala social que les corresponde, intercambiar la producción de su trabajo y recibir, en cambio, bienes de consumo y de producción, consumo y ahorro, que le permitan ascender en la escala social *en la misma proporción y con el mismo ritmo* con que se verifica el proceso social de *toda la comunidad* y de cada uno de sus grupos. Sólo así *la proporción* entre las fuerzas productoras será debidamente guardada.

Si no acaece así, se han de producir injusticias que irán creando una sociedad desproporcionada, disimétrica, en la que a medida que unos crecen, otros quedan rezagados y atrasados. Tal la economía, propia de fines del siglo XVIII y que se prolonga hasta comienzos del siglo XX, que injustamente usurpa la calificación de *liberal*, ya que no merece tal calificativo un régimen que asegura la libertad de unos pocos privilegiados a costa de la quiebra de la libertad de la mayoría, que se ve reducida a un estado de submisión en el plano socio-económico.

Y la erección de esta ciudad desproporcionada y disimétrica se efectúa, no por la razón asignada por Marx de que sólo el trabajo del obrero constituye el valor de las mercancías, sino porque, al no respetar la ley de reciprocidad de los cambios, no se habrá satisfecho la justa demanda del vasto sector asalariado. Se le habrá pagado un salario inferior a la producción, que con su trabajo, ha producido el trabajador. También los otros grupos sociales han contribuido a producirlo. Pero el trabajador tiene derecho a la integridad de su parte. Y ésta se mide por el lugar, dinámicamente verificado, que le corresponde en la escala de esa comunidad. Si la situación social del trabajador no progresa en la medida en que progresan los otros grupos sociales y esa misma sociedad, señal es de que allí no se cumple, en favor del trabajador, la ley de reciprocidad de los cambios.

LA LEY DE RECIPROCIDAD EN LOS CAMBIOS Y LA LEY DE LA OFERTA Y LA DEMANDA. La reflexión de Aristóteles es muy profunda. Cuando hay reciprocidad en el intercambio de la producción de las diversas industrias, artes y profesiones que constituyen una sociedad, entonces se crea y mantiene una comunidad de intereses entre todos los participantes, por diversas que sean sus actividades. ¿Y cómo se mide en definitiva si dicha reciprocidad se observa o se quebranta? Pues por el estado o *nivel de vida* de las diversas artes, industrias o profesiones que se ha de suponer el mismo tanto antes como después del cambio. Si, por ejemplo, después de cinco años de mercado y suponiendo que las condiciones para las diversas profesiones haya sido pareja, si todos ellos mantienen su mismo nivel de vida o condición social, puede asegurarse que en dicha sociedad ha estado en vigor la ley de *reciprocidad en los cambios*.

Si se trata de una *sociedad estacionada*, como eran la de Aristóteles y la de la Edad Media, fácil es advertir si esta ley se cumple o se quebranta. Suponiendo que no ha habido factores nuevos de producción de riqueza, si se ha observado la reciprocidad, las distintas profesiones o artes han de mantener la misma proporción que tenían antes de intercambiar. Porque si, por *efecto del intercambio*, la proporción se hubiera alterado, signo de que el intercambio no se habrá efectuado en condiciones de *reciprocidad*.

En una sociedad de economía estacionada, por suposición, la situación de los productores y sus respectivos productos no sufre modificaciones apreciables, al menos en un período relativamente corto. La ley de la *reciprocidad en los cambios* se identifica prácticamente con la ley de la oferta y de la demanda, aunque de suyo sean distintas. En dicho mercado estacionado, cada productor tiene como *demand*a sus propias necesidades, las que a su vez están condicionadas por el nivel de vida de su condición social. Así, el zapatero *demandará* en el mercado local, en contra de la *oferta* de su producción, aquellas cosas que reclama el nivel de vida de un zapatero en esa sociedad dada. Lo mismo acontecerá con el arquitecto, quien, al vender en el mercado local sus servicios profesionales, reclamará como *demand*a, en contra de lo que vende, aquellas cosas necesarias para el nivel de vida de un arquitecto en esa sociedad determinada.

Y como por su posición se trata de una sociedad *estacionada*, al no haber modificación apreciable en el nivel de vida del arquitecto y del zapatero, y al no haberla tampoco en la cantidad y calidad de su respectiva pro-

ducción, lo recíproco coincide en esa sociedad dada con la relación que existe entre lo que oferta y lo que demanda cada uno.

La ley de reciprocidad en los cambios, enunciada por la sabiduría antigua, coincide también, aunque no exclusivamente, en esa sociedad estacionada, con *el trabajo que emplea cada productor en su respectiva producción*. No decimos que coincide con *el trabajo, así indeterminado, meramente por ser trabajo*, sino con el trabajo encaminado o dirigido a dicha producción. Con el trabajo así *teleológicamente* entendido. Se trata, en efecto, de una sociedad dada, con una conformación política, moral, jurídica determinada. Cada productor tiene su puesto en la escala social y mantiene un nivel de vida determinado. Cuando produce, produce para un mercado dado que tiene también preferencia y gustos determinados. Cada productor entonces produce una determinada producción para un determinado mercado. Es justo que una determinada producción exija un determinado trabajo en calidad y en cantidad. Decir entonces que ha de haber reciprocidad en la producción o en el trabajo de cada productor es la misma cosa.

LA VERDADERA MONEDA EN UNA ECONOMÍA COMPLEJA Y DINÁMICA. El asunto cambia si pasamos de una economía de *mercado simple*, como eran la griega y la medieval, a una economía de *mercado complejo*, como la moderna; y sobre todo, si pasamos de una economía estacionada, como era relativamente aquélla, a una economía *dinámica*, como es ésta.

En primer lugar, estudiemos la ley de reciprocidad en los cambios en relación con la de la oferta y la demanda, en una economía de mercado *simple* en comparación con la de una economía de *mercado complejo*. En la economía de *mercado simple*, una economía de artesanos y agricultores como la medieval, entre la producción de un productor —*oferta*— y el consumo del mismo productor —su *demand*a—, no se intercalaba una red complicada de productores. La comunicación era relativamente simple y directa. Como la división del trabajo no era grande, tampoco era grande la complicación de las relaciones económicas.

En cambio, en la moderna economía de *mercado complejo*, en que impera una gran división del trabajo, entre la producción de un productor y su oferta —un ordenanza, por ejemplo, de una poderosa empresa—, y el consumo del mismo productor —su *demand*a— se intercala primero la infinita complicación de la misma empresa; luego, la infinita complicación de la empresa en toda la red de sus proveedores y clientes; en tercer lugar, la infinita complicación del mundo de

la finanza, del comercio, de la industria, del campo; todo ello hace que se pierda la idea de que en definitiva ha de coincidir la producción de cualquier productor con su consumo, cualquiera sea su puesto en la escala social, porque, en definitiva, la economía no la constituyen sino las relaciones de hombres que producen para consumir, y, en cambio, se hace otra idea de que la economía es un mundo con consistencia propia de mercancías, dinero, crédito y valores, que se mueven de acuerdo con el imperio de la ley de la oferta y la demanda de las mismas mercancías, independientes de las necesidades de los hombres. En tal situación, las mercancías, el dinero, el capital, el trabajo, se convierten en un mundo de fetiches que parecen dotados de vida propia e independiente que deben gobernar las voluntades de los hombres.

Adviértase bien que no criticamos esta *complejidad* de la economía moderna. Reconocemos su carácter beneficioso. Pero advertimos que ella debe subordinarse en definitiva al hombre, que produce para consumir, y que, por tanto, aún manteniendo esa *complejidad*, en ella la ley de la reciprocidad en los cambios debe asegurar la situación proporcional de cada uno de los productores en el conjunto económico.

Además de *compleja*, la economía moderna es *dinámica*. Por *dinámica*, en oposición a estacionada, entendemos una economía que pasa de un nivel de producción o de riqueza a otro nivel superior, y ello en virtud de la introducción de nuevas técnicas o métodos de producción. La introducción de nuevas técnicas que permitan una mayor producción va a exigir necesariamente un respectivo ensanchamiento del mercado. Lo damos esto por supuesto.

Queremos advertir que la introducción de nuevas técnicas productivas va a acarrear una *alteración* en la capacidad productiva de cada productor. Estas nuevas técnicas van a beneficiar a unos productores y no a otros, o a unos los beneficiará más que a otros. Podemos decir que, en general, las industrias de la ciudad serán beneficiadas más que la producción del campo. Los productores de las industrias urbanas, ayudados por las nuevas técnicas, con menos trabajo y por lo mismo con menos costos de producción producirán más que las industrias rurales. Se romperá entonces el equilibrio o la proporción que existía en esa sociedad estacionada entre la producción de cada productor y, en consecuencia, entre los mismos productores.

Para que siga habiendo *proporción* entre todos los productores será necesaria una de estas



tres hipótesis. O suprimir las nuevas invenciones en beneficio de la paz social; pero, entonces la sociedad no progresará económicamente. O dejar las nuevas invenciones, con sus consecuencias, y entonces se romperá la proporción y unos productores se enriquecerán a costa de la pobreza de los otros. O regular el funcionamiento económico de dicha sociedad en lo que se refiere a las nuevas invenciones, de suerte que el beneficio que de ellas se derive, beneficie, *proporcionalmente también*, a todos los grupos sociales productores. Para ello será necesario determinar cuál es el monto de progreso económico que se ha efectuado en un año, por ejemplo. Supongamos que éste sea de un cinco por ciento superior en todo el conjunto de la unidad económica. Luego habrá que cuidar que cada grupo social de productores experimente, a su vez, un progreso económico también de un cinco por ciento, para que se mantenga *la proporción entre todos los grupos sociales productores*.

Es decir, que *la ley de reciprocidad en los cambios* ha de interpretarse y aplicarse también dinámicamente. Y el progreso inventivo que se ha de estimular no ha de beneficiar a un grupo social a costa de otros grupos, sino que en lo posible ha de beneficiar proporcionalmente a todos los grupos de la comunidad. La introducción de un factor dinámico en la economía ha de determinar tensiones entre las exigencias de la ley de reciprocidad en los cambios que reclama que se guarde *la debida proporción* entre todos los productores entre sí, y entre sus correspondientes producciones y trabajos, y la ley de la oferta y de la demanda; pero corresponderá buscar un justo equilibrio que contemple el justo y razonable progreso de la sociedad con el justo y razonable progreso de los diversos grupos sociales. Para ello, el hombre es racional, para que proceda racionalmente y encuentre el modo razonable de la *convivencia humana* en una unidad económica dada, que en la práctica es la economía nacional.

LA RECIPROCIDAD EN LOS CAMBIOS O LA VERDADERA MONEDA EN LAS ENCÍCLICAS SOCIALES. Nos hemos detenido en explicar que una sociedad política debe estar regida en sus relaciones económicas por lo que Aristóteles llamaba *la reciprocidad en los cambios* y que la teología católica llamó siempre *el justo precio* y que no es otra sino la cuestión fundamental de las encíclicas sociales desde la "Rerum Novarum" de León XIII hasta la "Mater et Magistra" de Juan XXIII. Esta doctrina se reduce en definitiva a afirmar que un régimen económico de un estado político debe

ser tal que el trabajo u ocupación de los unos y de los otros en las diversas situaciones y categorías permita a todos los grupos sociales una vida digna y decorosa, propia de la condición de cada grupo. Por lo tanto, pleno empleo para que haya asimismo pleno consumo de acuerdo con las posibilidades productivas del momento histórico.

Si las relaciones económicas en una sociedad dada se desenvuel-

ven en esa condición de justicia que da a cada grupo social lo que le permite una vida digna y decorosa en su propia condición, entonces allí se llena perfectamente la condición de la moneda verdadera que satisface la necesidad o demanda de cada grupo social.

El signo monetario que se adopte, oro o cualquier otra mercancía o papel, cumplirá adecuadamente en una sociedad dada la

## ROMANCILLO DE GARABANDAL

Una, dos, tres, cuatro,  
Iban al pinar  
Las cuatro pequeñas  
de Garabandal.

La Virgen les habla  
Y el aire sonríe.  
Dios sabe qué cosas,  
qué cosas les dice.

La Virgen María  
Se ha puesto a llorar.  
También las pequeñas  
De Garabandal.

No ha traído al Niño  
Nacido en Belén.  
Las cuatro pequeñas  
Preguntan por El.

La Virgen María  
Las llama a rezar,  
Y rezan el cielo,  
La luz y el cristal.

La voz de María  
Que es llanto y promesa  
Las mece y en manos  
Del Angel las deja.

Ya se va la Virgen,  
Que tiene que hacer,  
Y el Angel del aire  
Se llama Miguel.

Una, dos, tres, cuatro,  
Vuelven del pinar  
Las cuatro pequeñas  
De Garabandal.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI

función de moneda en la medida en que represente fielmente y sin la menor alteración esa situación de relaciones del justo precio entre todos los componentes de dicha sociedad.

LA ESTABILIDAD RELATIVA DE LA MONEDA. La moneda artificial en contraposición a moneda verdadera ha de acomodarse al *valor económico efectivo de una sociedad* que consiste en que por efecto de las transacciones económicas no se altere el *estado relativo de situación económica* en que se encuentran todos los grupos sociales productivos de una sociedad dada.

Decimos *el estado relativo de situación económica*, y con ello sostenemos que *el valor de la moneda*, tanto de la verdadera como de la convencional, no está constituido por algo absoluto sino por algo *relativo* que tiene lugar entre el valor de todos los bienes sociales por lo que son en sí mismos y por lo que son unos con otros y que se registran en el valor de la moneda. Si este valor es relativo y si la moneda debe conservar su estabilidad como medida última de valores, ha de conservar ese valor relativo, vale decir, que al cambiar los valores generales de los bienes y de los servicios y consiguientemente el de la moneda misma, se mantenga inmutable la estabilidad en el estado relativo de situación económica de los diferentes grupos sociales. De aquí que si, por ejemplo, se verifica un aumento en las transacciones económicas de una sociedad dada no basta mantener el mismo valor *absoluto* en la moneda para mantener la estabilidad de la misma, sino que, para que ésta sea mantenida, habrá que aumentar la cantidad de moneda proporcionalmente al aumento de dichas transacciones económicas. Si esto no se hiciere, se alteraría el estado relativo de situación económica de los grupos sociales con esta *deflación* monetaria, favoreciendo a los grupos acreedores en detrimento de grupos deudores.

La estabilidad monetaria es entonces una estabilidad *relativa*, por cuanto ha de tener en cuenta no precisamente que la cantidad y calidad del instrumento monetario queden en sí inalterados sino que lo queden *en relación* con los otros precios de bienes y servicios de la comunidad; los que si cambiaran determinarían un cambio asimismo en el valor de la moneda, ya que ésta consiste, como decíamos, en algo no absoluto sino en una *relación* resultante del propio valor en comparación con el de todos los otros bienes y servicios.

EL PODER POLÍTICO Y LA MONEDA. De aquí se sigue que hay necesidad absoluta de regulación monetaria —cuando hablamos de



moneda lo hacemos también del crédito— y que esta regulación debe hacerse por el Poder Político, el cual debe actuar siempre en vistas del bien común. Quiere ello decir que para que el intercambio de bienes y servicios se desenvuelva en beneficio de todos y de cada uno de los grupos sociales que constituyen la comunidad, el manejo de la moneda de un determinado país debe efectuarse en función de la moneda verdadera, de suerte que por razón de la moneda misma no se produzcan en esa comunidad disimetrías, provenientes del enriquecimiento de unos grupos sociales a costa del empobrecimiento de los otros.

**APLICACIÓN ACTUAL DE ESTOS PRINCIPIOS.** De aquí se siguen varias consecuencias que explican el actual desorden monetario. Aunque el oro, como cualquier otra mercancía, puede ser moneda, cuando lo es, no lo es precisamente por su valor intrínseco sino por su valor representativo que le da el poder legal o político. En cuyo caso, para que sea una buena moneda, ha de coincidir su valor adquisitivo de bienes y servicios con su valor intrínseco. Porque, de otra suerte, si hubiere un desnivel entre ambos valores, sería objeto de especulación.

Además habrá de cuidarse que el ritmo de extracción del oro y de los otros metales que han de servir como moneda pueda seguir el ritmo rápido de crecimiento que caracteriza a la economía moderna. Si esto no pudiera conseguirse, se hallaría expuesto a una situación deflacionaria todo el sistema económico así como, por otra parte, pudiera sufrir trastornos inflacionarios si el crecimiento del oro se caracterizara por una rapidez excesiva con respecto al ritmo de las relaciones económicas.

Creemos que las pretensiones de De Gaulle como las de su inspirador el economista Rueff se justifican en las presentes circunstancias sólo por razones políticas, de conveniencia particular para Francia en la presente coyuntura. Creemos asimismo que el valor del oro ha de independizarse de toda relación artificial con cualquier otro patrón pues ello traba la producción del oro en las minas de la Unión Sudafricana y en otras potenciales de diversos países.

Al estar dotado de valor intrínseco, el oro ofrece base para una buena moneda de aceptación universal si puede llenar al mismo tiempo las otras condiciones que lo ajusten a la moneda verdadera.

En segundo lugar, no puede haber una moneda única con vigencia nacional e internacional sino en el caso de naciones de un nivel económico homogéneo. Porque si se trata de naciones

con economías desparejas y heterogéneas, las naciones de economía fuerte absorben a las de economía débil y se produce un drenaje de la riqueza de la débil a la fuerte. Es el caso actual del dólar como moneda internacional, que no hace sino absorber la riqueza de los países, sobre todo de los menos desarrollados, y ello en virtud de que el fuerte impone siempre su ley al débil y de que el débil necesita del fuerte y en cambio el fuerte no suele necesitar del débil. La ley del fuerte en este caso sobrevalúa su propio signo monetario.

De aquí se sigue que las monedas deban ser nacionales o de cierto carácter internacional para ciertos grupos homogéneos de naciones. En caso de que sobre las diversas monedas nacionales se lograra imponer una moneda internacional, ésta debería ser de un valor *variable* tal que contemplara la diversidad de las economías nacionales, de suerte que la fuerza no prevalezca sobre la reciprocidad de la justicia que debe reinar entre partes de diverso poder. Ello significa que no existe ni puede existir, por ahora al menos, una estricta unidad internacional sino un concierto de naciones que en medio de su diversidad alcancen cierta unidad.

**UNA MONEDA INTERNACIONAL.** Estas consideraciones que surgen de la naturaleza intrínseca de la moneda ponen de relieve el carácter del actual conflicto dólar-oro y el porqué no se haya podido llegar a una solución justa y equitativa.

Muchos creen que el oro puede ser la moneda internacional porque, al poseer un valor intrínseco, inspira confianza por sí misma. Pero no es posible olvidar que el respaldo de una moneda no tiene por qué constituirlo un bien determinado sino que ha de estar constituido por todos los bienes y servicios de una nación. Estados Unidos puede perder todo su oro, pero no deja por ello de ofrecer al dólar un respaldo poderosísimo con el inmenso aparato tecnológico que produce toda clase de bienes y servicios. Hacer del oro la moneda internacional, por el sólo hecho de su valor intrínseco, sin ajuste a los principios de la moneda verdadera u objetiva, es entregar las economías de las naciones al grupo poderosísimo que retendría o

monopolizaría dicho material. Los ciento cincuenta años del capitalismo, mal llamado liberal, con sus crisis tremendas lo demuestran ampliamente.

Tampoco puede ser moneda internacional el dólar por cuanto ello implica el sometimiento de la expansión económica de un país al otro, el cual no hará sino absorber las riquezas del subordinado. Robert Triffin en "El oro y la crisis del dólar", Fondo de Cultura Económica, 1962, ha subrayado copiosamente este aspecto de la cuestión.

Creemos que para respetar el diverso desarrollo de cada una de las economías nacionales sólo puede pensarse en un ajuste de las diversas monedas de cada nación mediante convenios entre cada una de las diversas economías, convenios que contemplen para el correspondiente ajuste, el nivel diverso que caracteriza a cada una de estas economías. El comercio entre naciones ha de ajustarse al *precio justo*, el cual ha de contemplar necesariamente los diversos contratantes económicos. Este ajuste ha de efectuarse en forma tal que, en virtud del cambio de los diversos productos, no resulten ni más enriquecida ni más empobrecida ninguna de las partes que realizan el cambio. Aquí se plantea el problema de "los términos del intercambio" que es el problema clave del comercio internacional y cuyo desajuste determina la disimetría de las diversas economías.

#### *Segunda cuestión: La concentración monetaria y la Revolución Mundial*

El problema de la moneda es fundamental para asegurar el ordenamiento de una estructura económica, pero es fundamental también para un ordenamiento político-religioso del hombre. A esto segundo nos hemos de referir ahora.

**LAS DOS ECONOMÍAS BÁSICAS.** Existen dos tipos de economía diametralmente opuestas: una, la economía sana, en la que todo el proceso de financiación, comercialización y producción se orienta en definitiva a asegurar un consumo de los diversos grupos

que componen una comunidad nacional que los habilite para una promoción de una vida humana en consonancia con las posibilidades de un determinado momento histórico de la civilización; otra, en que el proceso de la economía, consumo, producción, comercialización y financiación se orienta hacia la acumulación de la moneda y del capital, con el consiguiente efecto de concentraciones del poder adquisitivo, efecto que se agrava cuando se ve acompañado con la sobrevaluación política del signo monetario con respecto a las demás mercancías.

La primera concepción económica la comprendió perfectamente el hombre en general en todas las civilizaciones, salvo en algunos períodos de capitalismo agrario, por ejemplo, en el imperio romano. En la era cristiana, los diversos actos de la economía en las fases de la financiación, comercialización, producción y consumo se realizaban bajo la defensa del *justo precio*. Justo precio que se media en definitiva por el lugar que le correspondía a cada grupo productor en la escala social. De aquí las leyes severas contra la usura y la concepción de que el préstamo de dinero no podía producir rentas. El precio justo, como se sabe, no era un precio rígido. Oscilaba entre un máximo y un mínimo. De modo que se acomodaba a la flexibilidad de todas las cosas humanas. Además, los organismos profesionales o la autoridad pública cuidaban el mantenimiento del justo precio. Sería un error imaginar que en esta economía de estabilidad de los grupos sociales no era posible el progreso de los individuos.

Cuando se pasó de la sociedad medieval a la sociedad mercantil de los siglos XVI-XVII, en que el proceso económico alcanzó un ritmo más dinámico y en que, al mismo tiempo, la influencia de la moral cristiana fue declinando, la observancia del justo precio se hizo más azarosa y difícil, aunque no desapareció. A título de ejemplo, tenemos en el siglo XVII la concepción de Johannes Joachim Becher, "el economista más importante de la Alemania del siglo XVII" <sup>2</sup> quien dice: "Era tan necio entregar una industria a un individuo exclusivamente como ponerla al alcance de todos; dicho en otras palabras, el monopolio y la libre concurrencia eran igualmente incompatibles con un sano régimen industrial. La idea fundamental en que esto se inspira es la idea medieval de que cada cual debía disfrutar del sustento correspondiente a su situación social, idea además que era integrante de toda concepción un poco profunda del *justum praetium*". Situación social determinada más por la capacidad e idoneidad natural del sujeto que

## PRESENCIA

Dirección y administración:

Independencia 1194

Teléf. 26-3265

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz,  
San Juan 3875, Buenos Aires

Precio del ejemplar..... \$ 50.—



por presión externa del orden vigente, ya que no estaba cerrado el ascenso ontológico-social del mismo en atención a sus aptitudes. El monopolio privaba a muchas personas del sustento adecuado a su condición social, dando a un solo individuo lo que podría servir para alimentar a muchos; por eso constituía un mal; y, a su vez, la competencia, posibilitada por un régimen monetario, prescindente de los principios de la verdadera moneda, y, que en consecuencia, otorga mayor poder adquisitivo a unos que a otros, hacía que el alimento de las grandes clases sociales fuera inferior al que con arreglo a su posición les correspondía, razón por la cual era también reprochable, desde el punto de vista económico social.

La cuestión cambia radicalmente con el paso de la economía mercantil a la economía mal llamada liberal. Entonces se establece y funda una doctrina completamente nueva, en que ya no se tiene en cuenta el fin del proceso económico, que no es precisamente producir riqueza, sino proporcionar riqueza a todos los sectores de la población. Al olvidar este principio fundamental de la Economía, se establece este otro: que el fin de la economía es la mera producción y acumulación de riquezas. Adán Smith titula su libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. El problema de la riqueza se independiza del enriquecimiento de los productores que integran una comunidad. Se busca el acrecentamiento de la riqueza en cuanto tal, sin que interese, en lo más mínimo, que el acrecentamiento de los que contribuyen a crearla crezca parejamente. Se concibe entonces como óptima una economía en que es opulenta su riqueza, aunque ella esté concentrada en pocas manos en detrimento de una multitud de asalariados.

Y para ello, Smith arbitra en el libro IV de su obra, una doctrina monetaria que si bien impugna con acierto, calificándola de idea propia del vulgo, la tesis mercantilista que hacía consistir la riqueza en la moneda, en el oro o en la plata; en cambio, al sostener que los metales preciosos no son sino una mercancía más, análogas a todas las otras y que, considerados como moneda no constituyen riqueza sino un mero instrumento para facilitar la circulación y estimar o valorar los demás productos en una unidad común, desembocan en la conclusión especulativa de que no siendo la moneda metálica una mercancía sino un mero intermediario, y a semejanza de otros medios intermedios o neutros —factores fijos de la producción—, cuanto más reducido sea su aprovisionamiento, a menor

costo podrán obtenerse los demás productos, incluso la mano de obra.

De todo ello resulta que se propicia la adopción como moneda de una mercancía sobrevaluada con respecto a todas las otras. La acumulación y concentración de tal mercancía viene a constituir el capital, según se lo conoce en la experiencia histórica, el cual por su propia dinámica, hubo de constituir la acumulación y concentración de los medios de producción, y por consiguiente, de la riqueza, con el efecto consiguiente de la erección de un orden social totalmente disímétrico.

Se llega a más todavía. Como se observa que a igual trabajo, la riqueza producida aumenta, si se aumenta el capital<sup>3</sup>, se concentra toda la atención en el concepto del capital. Se intenta entonces aumentar el capital y para ello aumentar las utilidades. Y como a su vez el aumento de utilidades también puede efectuarse a costa de la reducción de salarios, se llega a *Los principios de la Economía Política*, de David Ricardo, en que éste propicia la reducción de salarios para que aumenten las utilidades y con ello el capital. Sabido es que la conclusión de Ricardo al examinar toda la cuestión es la siguiente: "De esta manera he intentado demostrar, en primer lugar, que al registrarse un incremento en los salarios, ello no significa forzosamente un aumento en los precios de los artículos, sino que en cambio, invariablemente disminuirán las utilidades"<sup>4</sup>.

Así, entre salarios, que es la paga del trabajador, y las utilidades, que es la del empresario,

habrá una tensión o conflicto. Los intereses de unos y de otros serían necesariamente encontrados o antagónicos, al revés de lo que nos enseña la sabiduría tradicional de Aristóteles y Santo Tomás. Así como éstos establecían la reciprocidad en los cambios como ley fundamental del mercado para que éste mantuviera la proporción de todos los productores de riqueza en la integración de la ciudad, así aquéllos preconizan la lucha de asalariados y empresarios como ley de la acumulación del capital. La mano de obra es una simple mercancía que se tratará de obtener al más bajo precio posible. "El precio natural de la mano de obra es el precio necesario que permite a los trabajadores, uno con otro, substituir y perpetuar su raza, sin incremento ni disminución"<sup>5</sup>. "El precio de mercado de la mano de obra es el precio que realmente se paga por ella, debido al juego natural de la proporción que existe entre la oferta y la demanda; la mano de obra es costosa cuando escasea, y barata cuando abunda...". "Cuando el precio de mercado de la mano de obra es inferior a su precio natural la condición de los trabajadores es de lo más miserable; la pobreza les priva de aquellas comodidades que la costumbre convierte en necesidades absolutas"<sup>6</sup>.

Al final del siglo XVIII se inaugura el capitalismo mal llamado liberal. Capitalismo: una economía fuertemente dinámica que busca desarrollar el capital para crear con él una fuente perenne de nuevas riquezas o ingresos. Liberal, o sea que los factores concurrentes a la creación de ri-

queza se mueven libres de toda traba moral o de justicia, como si fueran puras mercancías despojadas de toda significación. De un lado, se presentan los capitalistas dueños del capital, es decir, de todos los instrumentos de producción: inmuebles, edificios, materias primas, maquinarias, dinero con que adelantar los pagos durante el tiempo que se elabora la mercancía; del otro, los obreros, sin otro capital que sus fuerzas, que deben ser reparadas día a día con la paga del salario. ¿Cuál es el resultado de la asociación de capital y trabajo? La producción de mercancías, que luego se venderán en el mercado. ¿Y qué parte de estas mercancías corresponderá al trabajador y qué parte al capitalista? El capitalista llevaría una parte apreciable y el trabajador apenas podrá reparar sus fuerzas. Y mientras la acumulación del capital aumentaría con progresión geométrica, la situación del asalariado quedaría estacionada, si éste no ha sucumbido a la desocupación que se presentará inexorable en las crisis periódicas.

Bajo la influencia del calvinismo, como lo ha demostrado Max Weber en "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo", y bajo la judía, según consta en el notable libro de Werner Sombart "Los judíos y la vida económica" se busca como fin del proceso económico, no el consumo equitativo de todos los grupos sociales, sino la acumulación de capital en manos de los pocos hombres predestinados.

Se forma así una poderosa concentración del capital en pocas manos, en especial en manos de los financieros y banqueros que manejan la riqueza de las naciones y del mundo. Aquí habría que recordar la historia de la Banca de Inglaterra y de los Rothschild, que coincide con el esplendor del capitalismo mal llamado liberal durante el siglo XIX hasta la primera guerra mundial.

La conducta calvinista ha de coincidir con la invención y desarrollo —sin que esta coincidencia haya de considerarse necesaria— de nuevas técnicas de producción, las que aceleran, en consecuencia, el desarrollo económico, el cual va a favorecer *primera y directamente* a aquella acumulación de capital o de riqueza de una minoría —la minoría financiera sobre todo—, frente a una mayoría consumidora que no ha de progresar tanto o no ha de progresar nada. Se produce en consecuencia una disimetría en las economías nacionales y en la mundial. Disimetría de sectores, aún dentro de las economías nacionales, ya que el sector financiero ha de progresar más que el comercial, éste más que el industrial, éste, a su vez, más que el agrícola. Disimetría entre empresarios y empleados-obreros. Di-

## OBRAS DE JULIO MEINVIELLE

La Iglesia y el mundo moderno. El progreso en Congar y otros teólogos recientes	\$ 700.—
Teilhard de Chardin o la religión de la evolución	" 540.—
El comunismo en la revolución anticristiana	" 240.—
El poder destructivo de la dialéctica comunista	" 600.—
La declaración conciliar sobre la libertad religiosa y la doctrina tradicional	" 50.—
El judío en el misterio de la historia	" 250.—
Concepción católica de la política	" 250.—
Conceptos fundamentales de la economía	" 300.—
Pacem in terris. Prólogo y comentarios	" 80.—
Política argentina 1949-1956	" 220.—

## OBRAS DE LEONARDO CASTELLANI

El nuevo gobierno de Sancho	\$ 540.—
Lugones	" 250.—
Juan XXIII (XXIV). Una fantasía	" 540.—
Camperas. Bichos y personas	" 400.—
El Evangelio de Jesucristo	" 700.—
Sonatas tristes de todo el año manresano	" 150.—

## EDICIONES THEORIA S. R. L.

Moreno 1368 - Casilla de Correo 5096 - 38-5461 - Buenos Aires

Solicite nuestros catálogos



simetría entre centros económicos poderosos y periferia empobrecida. Además de estas disimetrías aparecen las crisis cíclicas, originadas en las mismas disimetrías económicas, y en causas monetarias, ya que la moneda en lugar de estar al servicio del proceso económico, sujeta a su servicio, como causa última motor, a todo el proceso económico.

Estos trastornos de funcionamiento del aparato económico en lo nacional y en lo mundial, se pone de manifiesto sobre todo, a lo largo de todo el siglo XIX, hasta 1914 o 1929, cuando la vida económica internacional está regida por el Banco de Inglaterra.

A partir de 1929, debido a la nueva política económica-financiera inspirada fundamentalmente en Keynes y al contrapeso del sindicalismo, se atenúan las disimetrías en el orden interno de los grandes países capitalistas y dejan de hacer sentir su influjo las crisis cíclicas. Pero la disimetría se acentúa entre los grandes centros industriales y los países proveedores de materia prima, y aún dentro mismo de los grandes centros mundiales, entre Estados Unidos y Europa.

Se produce incluso una ruptura entre la Banca mundial que quiere continuar manteniendo bajo su dominio al desarrollo tecnológico y este desarrollo que quiere independizarse del freno que a su vuelo intenta ponerlo el capitalismo financiero. Este punto se torna clarísimo en la actual coyuntura. En efecto, Estados Unidos, con capacidad tecnológica y productiva para expandir incommensurablemente sus bienes y servicios al exterior, se ve frenada por razones financieras, ya que esta expansión tecnológica y productiva se traduciría en una expansión de dólares en el exterior, la cual determinaría un mayor drenaje de sus reservas oro y por lo mismo la agudización del conflicto dólar-oro. Por lo mismo este conflicto, en manos del Poder Financiero mundial es un arma de combate para restringir el desenvolvimiento tecnológico y productivo de los Estados Unidos. Es difícil predecir las consecuencias de la lucha planteada entre tecnología y Poder financiero. ¿Quién en definitiva prevalecerá sobre quién? Pero la lucha netamente planteada puede ser llevada y dirimida, en último término, en el terreno militar.

**EL CAPITALISMO Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL.** La actuación del capitalismo moderno se vincula esencialmente con la Revolución Mundial que agita poderosamente a los pueblos. Se vincula esencialmente de diversas maneras. Primero, produciendo en todas partes y en escala mundial las injusticias pavorosas que constituyen el sistema capitalis-

ta mismo, que arrebató las riquezas que corresponden a todos y a cada uno de los grupos sociales para concentrarlas en pocas manos. El capitalismo es Revolución, es la Revolución. En su carácter propio desordena, desajusta, produce estragos sin cuenta y es el factor de la guerra de clases que hoy arrasa todas las regiones de la tierra y causa de la expansión de la civilización materialista que destruye valores espirituales y siembra la destrucción de los vínculos morales de familias y pueblos.

En segundo lugar, el capitalismo es revolucionario porque produce la lucha de clases, sobre cuya dialéctica ha de operar luego el comunismo soliviantando al proletariado para la implantación de la férrea dictadura de los grandes jefes modernos de la Revolución, Lenin, Stalin, Mao Tse Tung y Fidel Castro. Bajo este aspecto el mundo de hoy se halla constituido por una gigantesca dialéctica, uno de cuyos polos es la minoría privilegiada de los pueblos de Europa y de los Estados Unidos, y el otro, el polo de los pueblos hambrientos, que forman las dos terceras partes de la humanidad.

En tercer lugar, el capitalismo es revolucionario, porque como ha expuesto el doctor Carlos A. Voss, en un notable artículo, *PRESENCIA*, 14-7-61, el Capitalismo Financiero Internacional ha pagado todas las revoluciones desde el siglo XVII hasta la revolución comunista de 1917. Debemos admitir que los datos históricos al respecto son susceptibles de ser polemizados y, por ello, nos abstendremos de subrayar este punto. Vamos a insistir, en cambio, en el actual conflicto entre el poder económico americano, fundado sobre el dólar y teniendo al presidente Johnson como protagonista principal, por una parte, y por otra, al capitalismo financiero mundial, con el oro, como moneda-patrón y con De Gaulle, como protagonista principal. Y este ha de constituir el cuarto punto del carácter revolucionario que constituye la esencia del capitalismo.

**EL CAPITALISMO AMERICANO Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL.** Es muy posible que el capitalismo propiamente liberal, regido por la Banca de Inglaterra, haya ejercido un dominio sobre los pueblos más inhumano que el capitalismo que con posterioridad al año 1930 viene desarrollándose en los Estados Unidos y Europa. Pero aún cuando así fuera y aun que en el orden interno de las naciones capitalistas, tanto en los Estados Unidos como en Europa, se registrara una distribución más armónica de la riqueza, sin embargo la disimetría irritante entre los países centro-económicos y los periféricos, lejos de atenuarse, se agrava cada día con sínto-

mas de agudización, tales que ya se habla abiertamente del Gobierno Mundial, el cual evidentemente sería ejercido por el Poder de la Alta Finanza que viene manejando la Revolución Mundial desde hace algunos siglos.

Un escritor de la envergadura y significación en los planes mundiales, como Arnold Toynbee, se atrevió a hablar públicamente y sin empacho nada menos que en el Centro de Altos Estudios del Ejército en una conferencia que dio el 5 de octubre de 1966 sobre el tema "El Mundo hacia el cual viajamos". En dicha conferencia abogó claramente por un mundo sin Estados nacionales ni soberanía que debía ser regido por un gobierno mundial. Para ello abogó igualmente por la unión de los Estados Unidos y Rusia, aunque, como es de imaginar, no entró a discriminar qué clase de personajes e intereses habían de estar detrás de las fachadas que estos países presentan.

El planteo de Toynbee viene a poner de relieve la especial significación del libro de Pierre Virion publicado aquí en Buenos Aires con el título "El Gobierno Mundial y la Contra-Iglesia". Allí Virion señala que los planes novísimos de la Alta Masonería Mundial, elaborados a fin del siglo pasado y comienzo de éste por la Sinarquía de Saint-Yves d'Alveydre, y descubierto por la Policía francesa durante el gobierno de Pétain, están en amplia aplicación por el gobierno de De Gaulle, detrás del cual se mueve la poderosa Banca Rotschild. De acuerdo con estos planes se va rápidamente al gobierno mundial con el liderazgo de Europa y no precisamente con el de los Estados Unidos. La unificación del mundo económico, cultural y político en los planes sinárquicos envolvería asimismo una religión universal esotérica que daría unidad y razón de ser a todas las otras religiones que serían como expresión exterior y exotérica del culto universal de la Humanidad. La Sinarquía unificaría a los pueblos en una Tecnocracia que sería, al mismo tiempo una Satanocracia.

Tanto el tema de Toynbee —que es asimismo objeto de su último libro aparecido en Oxford—<sup>8</sup> como el libro mencionado de Virion arrojan luz para la significación e interpretación de los hechos mundiales que se desarrollan en estos momentos.

**LAS DOS FRACTURAS DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL.** En la actual etapa de la Revolución Mundial el liberalismo no tiene ya vigencia. Nos encontramos en un capítulo más avanzado en el cual las diferencias las establecen las modalidades de sociedad-máquina que se trata de imponernos. Por un lado, tenemos el comunismo menchevique reformista,

que poco a poco se va transformando en la ideología dominante tanto en Rusia como en Europa Occidental. Por el otro, el comunismo bolchevique, de tipo staliniano, que encuentra su representación en el régimen de Pekín y en los movimientos revolucionarios de los países subdesarrollados.

Esta fractura del comunismo ha determinado otra en el mundo llamado libre. En efecto, la cada vez más señalada integración de Europa Occidental y la Unión Soviética —la "Europa del Atlántico a los Urales" del general De Gaulle— ha sido causa de que el Poder de la Banca Mundial haya iniciado un drenaje del oro atesorado en los Estados Unidos al continente europeo. Esta evasión se verifica a través de las Bancas Centrales europeas que reclaman el pago en oro de los saldos deficitarios de los Estados Unidos y a través del atesoramiento privado en oro que excede los doce mil millones de dólares. Lo concreto es que en esa forma los Estados Unidos han venido perdiendo 10.000 millones de dólares en los últimos años y que, como el proceso continúa, se ciernen la amenaza de tener que devaluar el dólar, lo que traería una situación de grave quebranto para la economía de los Estados Unidos y del mundo.

Tal oposición entre el poder Financiero desplazado a Europa y los Estados Unidos ha alcanzado ya plena manifestación política con el retiro de Francia de la NATO y con las actitudes provocadoras y prosoviéticas del general De Gaulle.

Pero la política dirigida contra el poderío de los Estados Unidos encuentra amplio eco en el seno mismo de la sociedad norteamericana. El comunismo, tomando pie en el egoísmo de los diversos grupos, azuza a los blancos contra los negros y agudiza la lucha de razas, confiando en que la misma provocará el derrumbe de la comunidad. Finalmente, las públicas revelaciones presentadas en el libro "Strike from Space", de Phyllis Schlafly y el almirante Chester Ward, y en Sunday Visitor por el jesuita Daniel Lyons, demuestra que dentro de la propia Secretaría de Defensa actúan grupos empeñados en destruir la capacidad bélica de los Estados Unidos.

Sin embargo, este programa "pro-europeo" del Poder de la Alta Finanza puede quedar desbaratado por la resultante natural de este sistema de fuerzas; aunque resulte aparentemente insólito, la reacción patriótica norteamericana, fuerte sobre todo en el oeste, llevará a una alianza de los Estados Unidos con China Roja contra el bloque Europa-Unión Soviética. En este sentido, diversas informaciones han dejado ya traslucir la existencia de un pac-



to de no agresión entre los gobiernos de Washington y Pekín. A este respecto en *La Nación*, de Buenos Aires, el 6 de setiembre de 1966, en el cual refiere la opinión de un periodista soviético para quien el "endurecimiento" del comunismo chino sólo resultaba explicable en cuanto motivo de separación con Rusia y tendencia a capitalizar grandes sectores del comunismo y neutralismo internacionales que sirvieran luego para negociar con los Estados Unidos. Al día siguiente, un telegrama de France-Press daba cuenta de las declaraciones del ministro de Relaciones Exteriores chino en las que afirmaba que las relaciones con los Estados Unidos podrían volverse más cordiales. Muchas otras noticias coincidentes abonan esta suposición de nuevo bloque internacional.

Sea lo que fuere de estas apreciaciones, el hecho real para el

pobre hombre de hoy que circula por las calles de nuestras ciudades es que se ve protagonista de hechos mundiales cuyo alcance y desenlace totalmente ignora y que le revelan la profundidad de aquello de Disraeli, el gran primer ministro de la época victoriana, que escribía en 1844, en su novela *Coningsby*: "El mundo está manejado por otros personajes, que no imaginan aquellos cuya mirada no llega hasta detrás de los bastidores". Rathenau, el gran magnate de la electricidad, decía en 1906, mucho antes de su extraña promoción al poder en la Alemania republicana de 1918: "Trescientos hombres que se conocen entre sí y que buscan sucesores a su alrededor, dirigen los destinos económicos del mundo". De aquí que nadie haya de extrañarse de la seguridad conque el banquero Warburg pudiera afirmar ante el Senado norteamericano

en 1950: "Se lo quiera o no, tendremos Gobierno Mundial. La única cuestión que se plantea es la de saber si este Gobierno Mundial será establecido por persuasión o por la fuerza". "Informe de la Foreign Association Doostep Savannagh.

Estremecese pensar que en un mundo en que las bombas nucleares se almacenan en los depósitos de poderosas naciones, nuestra suerte y la del mundo se hallan a merced del poderoso capital internacional.

Es de esperar que el hombre de hoy reflexione y comprenda que la acumulación del dinero, lejos de ser un fin último de la vida humana, ha de ponerse humildemente al servicio de los fines inferiores del bienestar material y del desenvolvimiento tecnológico, para que éste, a su vez, sirva a los fines de la economía, de la política y de la cultura, pa-

ra que, a su vez, estas encaminen al hombre al logro y obtención del verdadero fin último de todo hombre individual y de toda civilización auténtica. Una Economía con la acumulación de la moneda como fin último no sólo se opone de Reino de Dios sino que incluso trava el desarrollo tecnológico y productivo y conspira en definitiva contra el mismo bienestar material del hombre.

JULIO MEINVILLE

- <sup>1</sup> *Ibid.*, 1135 a, 28.
- <sup>2</sup> Eli F. Hecksher, *La Época Mercantilista*, Fondo Cultura Económica, 1943, p. 255.
- <sup>3</sup> Smith en *La Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*.
- <sup>4</sup> *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 97.
- <sup>5</sup> *Ibid.*, p. 71.
- <sup>6</sup> *Ibid.*, p. 72.
- <sup>8</sup> Change and habit.

## «HOMBRE NUEVO», ¿NORMAL, DEGRADADO O INMATURO?

El Progresismo cristiano se ha consolidado entre nosotros en algunos medios. Existen equipos o "células" de sacerdotes progresistas en las más activas de las diócesis del país y aun en los seminarios. Las reuniones de Quilmes, los episodios de Mendoza y de Córdoba con la consiguiente orquestación en "Primera Plana", "Confirmado", "Siete días" de "La Razón", etc., demuestran claramente que se trata de una campaña perfectamente planeada y dirigida, en la que actúan obispos, sacerdotes, seminaristas y laicos bajo la alta dirección de agentes experimentados de la "Revolución Mundial".

"El Progresismo cristiano" de Argentina, conducido en distintos niveles, con la dosificación adecuada a cada uno de ellos, según las experimentadas leyes de la dialéctica comunista —*nivel intelectual* (teólogos, publicaciones, seminarios), *nivel pastoral* (seminarios, grupos de juventud universitaria o parroquiales), *nivel asistencial y social* (villas miseria, grupos del "tercer mundo", "cristianismo y revolución")—, el "Progresismo cristiano" de la Argentina, decimos, se halla sintetizado, a su vez, por la acción progresista de Latino-América y, en último término, por la del mundo. En la cúspide, y operando como primer motor, se hallan los teólogos progresistas, que, a su vez, influyen sobre los obispos y sobre las cabezas pensantes de la Iglesia en todas las diócesis del globo, y luego continúa la acción en todos los niveles de la Iglesia,

de acuerdo a métodos perfeccionados, que fueron estudiados ya en su tiempo por Agustín Cochín en las Sociedades de Pensamiento de la Revolución Francesa.

Creemos necesario señalar todo esto para tener idea cabal de la amplitud y de la profundidad del fenómeno del "Progresismo cristiano", que no constituye sino un episodio de la "Revolución Mundial", la cual está alcanzando su punto culminante, y que se apresta para el gobierno mundial, de que habló Toynbee recientemente entre nosotros<sup>1</sup>.

La expresión más significativa y expresiva del "Progresismo cristiano" entre nosotros la constituye la publicación "Tierra nueva" con el artículo igualmente expresivo de Alejandro Mayol, "La Iglesia: ¿corset?"<sup>2</sup> del hombre nuevo?". Tanto este artículo como toda la revista ponen de relieve la oscuridad mental, la ambigüedad y con ello la peligrosidad en que se mueve el "Progresismo cristiano". Si, al mismo tiempo, advertimos que los que están en esta confusión peligrosa son profesores de nuestros seminarios, o sacerdotes que tienen amplia y frecuente entrada en los mismos, el hecho reviste proporciones catastróficas para el futuro de la Iglesia en la Argentina.

¿Qué dice en definitiva "Tierra nueva"? Dice que hoy surge un "hombre nuevo", el "hombre planentario", el hombre que "se quita las laganas", y que, en consecuencia, exige una nueva moral, una

nueva filosofía, una nueva sociedad, una nueva psicología, una nueva religiosidad y una nueva Iglesia.

Estas premisas primeras podrían aceptarse si se explicaran suficientemente sus términos y los límites de los mismos. Porque hay "cambios" en el hombre de diversas épocas históricas que pueden exigir "cambios" también en la Iglesia. Hay que explicar qué "cambios" en el hombre y qué "cambios" en la Iglesia, porque el hombre tiene una condición "normal" que debe ser respetada en todo cambio y la Iglesia tiene una constitución derivada de Jesucristo que el hombre no puede cambiar. Pero los redactores de "Tierra nueva" no aclaran nada ni explican nada, pero dejan la impresión en el lector de que el prodigioso "hombre nuevo" necesita también otra Iglesia, una Iglesia sustancialmente nueva, en la que puedan desenvolverse sin obstáculos ni negaciones sus prodigiosas condiciones nuevas. Y, en definitiva, se impondría una metafísica nueva, en la línea marxista o existencialista, ya que aquella de la filosofía cristiana fue buena para una época ya superada. Y al cambiar la metafísica se habrían de cambiar igualmente todas las ciencias de abajo, cosmología, psicología, moral e historia, e, igualmente, las de arriba, a saber, la teología y, con ella, la ciencia de la mortificación y santidad.

El "hombre nuevo" por cuya defensa rompen lanzas los redactores de "Tierra nueva", pregun-

tamos: ¿es el hombre sano y normal, salido de la mano de Dios, o el hombre enfermo y degradado por efecto del pecado original y de las deformaciones históricas a que le está sometiendo desde hace cinco siglos la civilización moderna? La cuestión merece ser aclarada porque si el pretendido "hombre nuevo" presenta deformaciones psicológico-morales, nada extraño que haya de someterse a un tratamiento adecuado, no muy diferente de aquel del "corset" al que no hace muchos años se sometían las damas en el tratamiento de belleza o a los otros más o menos similares a que siguen sometidos actualmente.

¿No leemos acaso en el Evangelio (Mt. 10, 39): *El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiera por amor de mí, la hallará...*, y en otro lugar (Mt. 18, 8): *Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y échalo de ti, que mejor te es entrar en la vida manco o cojo que con manos o pies ser arrojado al fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y échalo de ti, que más te vale entrar con un solo ojo en la vida que con ambos ser arrojado a la gehena del fuego?*

Sorprende que un sacerdote católico, que ha de enseñar que en la crucifixión se resume el misterio del cristianismo, haga uso de la idea poco simpática de "corset" —una prenda femenina hoy fuera de moda—, precisamente para poner en ridículo esta sustancia cristiana. ¿Acaso no nos enseña el Apóstol (Rom. 6, 6): *Pues sabemos que nuestro homi-*



bre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado?

¿Será que estos progresistas del "hombre nuevo", sin "corset", creen que la enseñanza evangélica y apostólica que nos enseña que "los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias" (Gal. 5, 24) puede tomarse como cosa ligera, como quien toca la guitarra?

Es claro que una exposición completa del misterio cristiano, así como no debe omitir la necesidad de la cruz, lo que implica el carácter curativo y purificativo de la gracia, así tampoco puede dejar de señalar con el Apóstol (Rom. 8, 18) que "los padeci-

mientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros", ya que "era preciso que el Mesías padeciese y entrase en su gloria" (Lucas, 24, 26). Es claro igualmente que el misterio cristiano, aunque presente y operante en la vida terrestre, es esencialmente escatológico. Y precisamente en el empeño de querer convertir en terrestre lo que es escatológico y en naturalista lo que es sobrenatural consiste el error de todo el "hombre nuevo" del Progresismo.

Cuando uno lee las ingenuidades infantiles de los redactores de "Tierra nueva" tiene derecho a preguntarse: ¿nos encontramos acaso con algunos ejemplares vivientes de los "hombres nuevos"

que reclaman "Iglesia nueva"? ¿Son estos hombres adultos? Porque sus muestras de optimismo infantil en el juicio de la historia los exhiben como inmaduros, sorprendentemente inmaduros. Y la sorpresa sube de tono cuando uno se entera que son profesores de seminario, en cuyas manos la Iglesia ha depositado la formación intelectual de futuros sacerdotes.

En una publicación donde se tocan temas delicados de teología, filosofía, moral, psicología, sociología, no aparece, por ningún lado, ninguna exposición que, en método y doctrina, se adecue a estas sabias disciplinas. Divagaciones, ambigüedades, generalidades que traen al recuerdo aquella expresión de Alexis Carrel de que

muchos hombres hoy no superan en su desarrollo psíquico la edad de los doce años.

Y aquí también, al enterarse uno de que los principales redactores de "Tierra nueva" son sacerdotes con atención e influencia de almas juveniles, recuerda aquello del Señor en el Evangelio (Mt. 15, 14): "Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya".

JULIO MEINVILLE

<sup>1</sup> Para comprender la profundidad del "Progresismo Cristiano" en el amplio panorama de la "Revolución Mundial" se hace imperioso leer mi libro "La Iglesia y el Mundo Moderno", Ediciones Theoria, 1966.

<sup>2</sup> Hemos consultado el diccionario de la Academia y allí leemos "corset" y no la palabra gálica "corset".

## CONFUSION EN ALTO NIVEL

Hace algunos años hubiese podido ser juzgado inoportuno y hasta censurable el hecho de que los seglares se permitiesen hacer comentarios y emitir opiniones que pudiesen parecer críticas de ciertos sacerdotes y hasta de algunos miembros de la jerarquía de la Iglesia. El hecho es que actualmente, con regocijo de unos y tristeza de otros, esto no es solamente posible sino necesario.

Es posible puesto que la Constitución sobre la Iglesia promulgada por el Concilio Vaticano II, establece que: El laicado debe expresar abiertamente sus necesidades y deseos... está facultado y algunas veces obligado a expresar su opinión en aquellas cosas que conciernen al bien de la Iglesia (art. 37).

Es necesario puesto que las afirmaciones doctrinales, las interpretaciones y los comentarios que se oyen de labios que debían ser autorizados, son tan diversos y a veces hasta contradictorios que los fieles que desean mantener una coherencia en su pensamiento y en su sentimiento religioso, se ven obligados a hacer un esfuerzo para tratar de distinguir cuál de las diferentes tendencias o interpretaciones debe ser tenida por aceptable. Esto lleva consigo un análisis y una discusión de estas tendencias e interpretaciones a la luz de la doctrina oficial de la Iglesia.

Muchos son los puntos en los cuales encontramos en la actualidad diversidad de opiniones y variedad de interpretaciones, todos ellos necesitarían ser examinados en detalle sobre todo cuando forman parte de una tendencia confusa y mal definida que algunos han dado en llamar "una nueva visión de la fe".

Caería en un tremendo error de apreciación, aunque sin culpa propia, quien pretendiera formar-

*La Unión de Católicos Anticomunistas Mexicanos acaba de publicar una semblanza del Obispo de Cuernavaca, Mons. Méndez Arceo, semblanza originada en públicas y conocidas actitudes que desconciertan a los católicos mexicanos. Creemos útil el conocimiento entre nosotros de esta publicación, porque revela la grave lucha a que están solicitados hoy los católicos en todas partes. (N. de la D.).*

se una imagen de la catolicidad de México, tomando como base de tal enjuiciamiento las repetidas intervenciones del Obispo de Cuernavaca, don Sergio Méndez Arceo, en las diversas sesiones del Concilio Euménico Vaticano II. Dicha personalidad eclesiástica está muy lejos de representar la auténtica mentalidad religiosa de los mexicanos.

El pueblo mexicano es profundamente religioso, así por vocación como por tradición histórica, con doble base en su pasado:

1º) El teocentrismo autóctono de los aztecas y demás aborígenes mexicanos, lleno de motivaciones a la vez telúricas y plásticas.

2º) La evangelización española en México, llevada a cabo en el momento cumbre del catolicismo español, plasmado en el Concilio de Trento.

La religiosidad de los mexicanos ha encontrado su mayor expresión en la devoción inmarcesible a Santa María de Guadalupe, sin distinción de clase social ni de bandera política, siendo la Virgen figura y símbolo de la nacionalidad mexicana, a través de sus frecuentes convulsiones sociales.

Una semblanza detenida y documentada del Obispo de Cuernavaca nos permitirá poner de relieve sus profundos contrastes con la religiosidad católica de los mexicanos; así como también hará posible que resalten no pocas contradicciones internas en la propia

personalidad del prelado morelenense.

En su primera intervención conciliar (Ver Diario "Excelsior", nº 17.041, año XLVII, tomo V, fechado el 2 de octubre de 1962) don Sergio Méndez Arceo causó verdadera sensación al pronunciarse por una disminución del culto a la Santísima Virgen y a los Santos, bajo el pretexto de los excesos en que, según él, suele incurrirse en los cultos dólido e hiperdólido. Como antecedentes de su pronunciamiento deben constar dos puntos:

1º) Las profundas transformaciones introducidas en la Catedral de Cuernavaca por el señor Obispo Méndez Arceo, al extremo de retirar toda imagen que no fuera una cruz modernista y la estrella de David, lo que originó tan gran indignación entre los católicos mexicanos, que culminó con la protesta pública de la revista "Al Gurbal" en su número de enero de 1965, en la que dicha publicación mensual califica tales modificaciones arquitectónicas como "UN ATENTADO A LA RELIGIÓN Y EL ARTE". (Páginas 30 a 34 del nº 52, año XLII, 3ª época. México 13, D. F.).

2º) Las expresiones que en lo privado reiteró don Sergio Méndez Arceo ante algunos curas párrocos de la ciudad de Guadalajara en sentido despectivo de la devoción popular mariana, con anterioridad a su intervención conciliar. El consiguiente escándalo de ambas actitudes desembo-

có en la denuncia pública de las tendencias iconoclastas del Obispo Méndez Arceo, hecha por la "Liga Defensora del Culto a la Madre de Dios" con sede en Guadalajara.

La ejecutoria adversa al marianismo del señor Obispo Méndez Arceo alcanzó expresión en su por él mismo confesada anti-reglamentaria intervención conciliar del día 17 de setiembre de 1964 en contra de la inclusión en los títulos de María del que se refiere a ser Ella "Madre de la Iglesia" (Ver Correo del Sur, número 176, año IV correspondiente al domingo 27 de setiembre de 1964. Cuernavaca Mor., pág. 13, sección "Ventana al Concilio" y "Roma, Cartas de Mons. Méndez sobre el Concilio").

Afortunadamente el Papa Paulo VI en persona resolvió la controversia conciliar en su proclamación por decreto (diciembre de 1964) de que "María es Madre de la Iglesia".

En una de sus intervenciones conciliares de 1963 el Obispo Méndez Arceo ensayó una insólita definición de la Iglesia en los siguientes términos: "La Iglesia es el símbolo del misterio de la unidad entre creyentes y no creyentes". La motivación de tan inusitada fórmula fue el empeño del Obispo de Cuernavaca en mantener abierto el diálogo inclusive con ateos, comunistas y masones. El malestar que tales declaraciones causaron en los católicos de México se comprenderá mejor si recordamos cuántas persecuciones anticatólicas se han desatado en México por inspiración de la masonería y cuán virulentas campañas antirreligiosas han desencadenado los regímenes comunistas del tipo de Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas del Río; con este último tiene en



común Monseñor Méndez Arceo el proceder ambos de familias de una misma población: Cotija, Michoacán (Ver revista "Siempre", n° 573, correspondiente al 17 de junio de 1964, página 5, sección "Cartas a Siempre - Nuestros abuelos, judíos").

Así se explica la gustosa confesión vertida por Mons. Méndez en una carta dirigida al "Correo del Sur" y publicada en el número 180, año IV correspondiente al domingo 25 de octubre de 1964, bajo el rubro "El Concilio - Una semana riquísima en acontecimientos" del patrocinio del Obispo de Cuernavaca a la disidente publicación en castellano "Informaciones Católicas Internacionales", saludablemente denunciada al mundo como de inspiración comunista, así como sus nexos a través de su redactor en jefe José de Brucker, con el Movimiento Pax, por el Cardenal Secretario de Estado.

Cabe añadir la circunstancia de que el padre del Obispo Méndez Arceo militó como masón destacado en la población de Zamora, Michoacán, lo cual redundaría la explicación de la insistencia de Mons. Méndez Arceo en el diálogo con los anticatólicos. Así mismo se encuentra en tal caso su tío, el Ing. Antonio Arceo, miembro destacado del Supremo Consejo del Rito Escocés de la Masonería en México, y firmante de la respuesta de la Masonería Internacional a Su Santidad Pío XI, cuando publicó su Encíclica sobre la Educación.

En materia litúrgica y de formación sacerdotal la persona de todas las confianzas del señor Obispo de Cuernavaca es el sacerdote extranjero Iván Illich, quien tiene a su cargo una casa de ejercicios para sacerdotes, que ha sido ludibrio para innumerables sacerdotes y algún Obispo por la predicación tan laxa y aventurada del padre Iván.

El disgusto ha culminado al comprobarse que dicho sacerdote no consagra una hostia canónica y por el hecho de haberse instituido la costumbre de celebrar la Misa matutina de las once horas con acompañamiento de "marachi" (conjunto folklórico mexicano muy gustado popularmente; pero completamente extraño a la liturgia tradicional).

Aquí la paradoja en la mentalidad de don Sergio Méndez Arceo salta a la vista: él que se promueve contra lo que considera excesos de la devoción popular a María y a los Santos, se complacía en la intrusión extraligística del folklórico en la celebración del Santo Sacrificio.

En el semanario morelense apologeta de Mons. Méndez "Correo del Sur", n° 206, año IV, correspondiente al domingo 25 de abril de 1955, podemos ver en su página 9 la impartición por el Obis-

po Méndez Arceo de la Sagrada Comunión a los fieles, permaneciendo éstos de pie en el momento de recibirla. (El Concilio determinó a una consulta de el Episcopado Español sobre si ha de comulgarse de pie o de rodillas: Sigase la costumbre de el lugar.) El modernismo introduce nuevas costumbres y pretende desterrar bien fundadas tradiciones.

La mayor conmoción provocada por Mons. Méndez Arceo en la conciencia católica mexicana corresponde a su intervención conciliar en la última sesión en favor de la implantación del psicoanálisis de Sigmund Freud para seminaristas, sacerdotes, religiosos y seglares. Tomamos del vespertino "Últimas Noticias" número 9.391, año XXIX, tomo V, correspondiente al martes 28 de septiembre de 1965, primera página, la noticia titulada "Méndez Arceo propugna el psicoanálisis". Declaró ante el Concilio que el psicoanálisis pudiera ser útil "en todos los terrenos de la actividad de la Iglesia... Sería un error hacer caso omiso de las conclusiones de Freud... las lecciones de Freud son iguales a las de Darwin y Copérnico".

"Últimas noticias" añade en la página 6, del mismo número, como antecedente de esta declaración conciliar: "El Obispo Méndez Arceo es conocido por sus ideas progresistas. LOS MONJES DE UN MONASTERIO DE SU DIOCESIS FUERON SOMETIDOS AL PSICOANÁLISIS, CON RESULTADOS QUE LAS AUTORIDADES ECLESIASTICAS LOCA-

LES (o sea Mons. Méndez Arceo) LLAMARON BENEFICIOSOS".

¿Qué personalidad religiosa ha llevado a cabo estos experimentos, con el aplauso de Mons. Méndez Arceo? Se trata de un monje benedictino de nombre Gregorio Lemercier, procedente de Europa, quien primeramente se estableció junto con otros correligionarios de la Orden en la población michoacana de Jacana, vecina de Cotija, tierra de origen de la familia de Mons. Méndez, habiendo tenido que abandonar Jacana por el escándalo que la conducta privada de varios benedictinos estaba provocando en el pueblo católico, de donde Mons. Méndez vino a brindarles nuevo asilo en la cabecera de su propia diócesis: Cuernavaca, estado de Morelos.

La Congregación Romana del Santo Oficio, hoy llamada de la Defensa de la Fe, cuyo Secretario es el Eminentísimo Cardenal Alfredo Ottaviani, ha tenido que amonestar a los benedictinos de Cuernavaca por tales abusivos experimentos y actualmente ventila un proceso formal contra el superior Gregorio Lemercier por esta materia y otras conexas.

Surge entonces la pregunta inquietante. ¿Cómo es que sobresale tanto la figura del Obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo, si de tal manera se contraponen a la sensibilidad católica de los mexicanos?

Pudiera encontrarse la clave de la respuesta en el hecho de que parte de la prensa nacional y en

particular de la prensa comunista se ha lanzado a una verdadera campaña de elogios de su persona, señaladamente el semanario comunista "Siempre" y la publicación quincenal también comunista "Política" de cuyo número 149, año VII correspondiente al 1° de julio de 1966, tomamos el siguiente comentario consignado en su página 56 "... el sacerdote peruano Camilo Torres, quien cambió la sotana por el uniforme de guerrillero porque consideraba que sólo mediante la lucha armada se puede llegar al ideal cristiano en su país. LA ACTITUD DEL PADRE PÉREZ (apologista del P. Torres), DICHO SEA DE PASO, FUE AFLAUDIDA POR EL OBISPO DE CUERNAVACA, MONSEÑOR MÉNDEZ ARCEO, PROMINENTE MIEMBRO DE LA CORRIENTE RENOVADORA".

En esta forma y por obra de su Obispo, la diócesis de Cuernavaca se ha venido a convertir en refugio de muchos sacerdotes que no encuentran cabida en su lugar de origen sea por su relajamiento de costumbres o por su participación en el activismo, en movimientos o guerrillas comunistas de sus respectivos países; casos concretos los de los sacerdotes Illich, Barregán (expulsado de la Diócesis de Nueva York) y Vallé. Ojalá que las fundaciones norteamericanas que subsidian muchas de estas iniciativas del Obispo de Cuernavaca, reflexionen sobre el mal que quizá sin saberlo ni quererlo, inferían a México y a su catolicismo.

## LA REVOLUCION ARGENTINA

El general Onganía, en nombre de las Fuerzas Armadas, toma la plenitud del Poder político en la Argentina a fines de junio de 1966. En los enunciados políticos que llegan al público se habla de poner en marcha la Revolución Argentina que, por encima de la Constitución y de los partidos políticos, asegure al país la meta de sus destinos históricos.

El simple ciudadano, aunque desilusionado de tantas promesas políticas de los últimos años, parecía dispuesto a alentar la nueva empresa de la Revolución Nacional. Pero tenía derecho a preguntarse: ¿Reúne antecedentes el general Onganía, sobre el cual ha de descansar casi exclusivamente la misma, como para abrigar en la empresa alguna esperanza de éxito? La respuesta no resultaba fácil, ya que tampoco era fácil caracterizar el famoso movimiento de los "azules" que dio nombre a la Revolución. ¿Qué eran en definitiva los "azules" que contaban con el aplauso y admiración de los Mariano Gron-

dona y de todos los conocidos "plumíferos" de "Primera Plana"? Un movimiento destinado a desplazar a los "colorados" porque éstos habían defenestrado a Frondizi, ¿podía dejar de tener vinculaciones con Frondizi? ¿No serían los "azules" la guardia pretoriana de un frondizismo vergonzante cuya cabeza visible sería el presidente Guido?

Por mucho que se le pusiera de fachada a la Revolución del Gral. Onganía una "derecha católica", el juego saltaba a la vista, sobre todo cuando era verdad sabida que en los novísimos planes de la "Revolución Mundial" entraba la estrategia de disfrazar con "derecha católica" la subversión de la Sinarquía internacional. De aquí podía deducirse como valeda cierta que la Revolución del general Onganía había de orientarse en el camino de la Sinarquía mundial que, en estos momentos, florece en la Francia de De Gaulle y en la España del ya famoso "Opus".

En sus cuatro primeros meses

de vida, la Revolución del general Onganía no acertó a definirse en ningún plano. No podía ser caracterizada ni de liberal ni de socialista, ni de empresarial ni de popular, ni de militar ni de civil, ni de sinárquica ni de antisinárquica, ni de constitucional ni de revolucionaria. Era una Revolución sin definición, sin programa político y sin equipo ministerial homogéneo. Sin embargo, el gobierno cumplió algunas medidas negativas que, aunque puedan ser consideradas buenas en sí mismas, pueden dejar de serlo y tornarse malas si no van acompañadas de otras igualmente positivas. Nos referimos señaladamente, entre otras, a la intervención a las Universidades y al cierre de los ingenios de Tucumán.

Así las cosas, se produce el 7 de noviembre, en medio de nacional expectativa, la conferencia del general Onganía por la cual el país se enteró con estupor de que si antes, "en el pasado la política consistió en exportar los exceden-



tes una vez cubiertas las necesidades del consumo" (*La Nación*, 8-11-66), "la tónica ahora consistirá en exportar todo lo que se pueda y consumir el remanente" (*ibid.*). En esta pequeña frase se resume todo el discurso y programa. Así ha de resultar que la Revolución del general Onganía tirará por la ventana la ingente riqueza nacional que irá a poder de los monopolios internacionales, monopolios de la moneda, de la carne, de los cereales, de la lana.

No podía caracterizar el general Onganía en forma más gráfica el destino final de la Revolución, que será el de servir a los intereses esquilnadores de los traficantes internacionales, los cuales a su vez están dentro de la trama de lo que se conoce con el nombre de "Revolución Mundial".

El general Onganía podrá tener buenos propósitos de gobierno, pero ellos no podrán materializarse mientras no corte todas las ataduras que —quíerolo él o no—

le tienen atado a la Revolución Mundial.

Es perfectamente inútil enjuiciar el programa gubernativo de la Revolución del Gral. Onganía. Porque este enjuiciamiento está implícito en la Conferencia "El Conflicto Dólar-Oro y la Revolución Mundial", y sobre todo porque está inscripto en la memoria de los argentinos que no pueden olvidar el catastrófico programa de "liberalización" emprendido primero por la Revolución Liber-

tadora y luego por el gobierno de Frondizi.

Basta decir que con el discurso del Gral. Onganía del 7-11-66, la Revolución Argentina se ha levantado contra el bienestar de la Patria y de los argentinos, y se ha convertido en despreciable apéndice de la Revolución Mundial.

Pero la base de la patria —su suelo y su pueblo— sabrán sobreponerse a esta nueva frustración.

PRESENCIA

## TOYNBEE, VIRION Y EL GOBIERNO MUNDIAL

La rápida difusión de que gozan en la actualidad las ideas aptas para disolver la estabilidad moral e intelectual de los pueblos habrá de beneficiar pronto al último ladrillo toynbiano, que acaba de salir del horno de Oxford. En poco tiempo, pues, volveremos a tener entre nosotros a Mr. Toynbee, esta vez no en carne y hueso, sino encerrado entre las preciosas encuadernaciones con que lo viste en nuestro país una editorial que presume de católica.

Y si bien la prolongada visita que hace poco nos hiciera Mr. Toynbee permitió al público argentino establecer contacto con sus escalofrantes teorías, la lectura de "Change and Habit" (Cambio y Costumbre) lo informará más abundantemente del programa que su autor tiene para todos nosotros. En rigor, ninguna importancia tendrían las intenciones de Arnold J. Toynbee para con la humanidad si las mismas no fueran las de esos sistemas de intereses que, a la luz del día, fraguan reputaciones inmerecidas y encumbran a los intelectuales dóciles en dar aspecto de racional y deseable a los más abominables proyectos políticos. La prosa de Toynbee, en la actualidad enteramente dedicada a semejantes tareas de propaganda, es un ejemplo típico en tal materia.

Esta nueva obra constituye en cierto modo un globo de ensayo destinado a preparar a sus lectores a la idea del gobierno universal concebido según las más modernas técnicas de la Revolución Mundial. Pocas veces se habrá visto antes la programación tan detenida de la Torre de Babel hacia la cual nos encaminamos, con sus organizaciones de alcance universal controlando la totalidad de las actividades impuestas a las hormigas humanas en los cinco continentes. El panorama onírico que Aldous Huxley volcara en

su "Mundo Feliz" reaparece bajo la pluma de Toynbee como la imagen auténtica y ansiada de nuestro futuro inmediato.

¶ Pero por qué vías puede haber llegado el pensamiento de Toynbee a la aceptación de un sistema que en caso de realizarse significaría el fracaso del hombre, reducido a simple objeto luego de protagonizar la aventura que los historiadores estudian?

Para Toynbee, como para todo evolucionista, no existe diferencia entre la naturaleza del hombre y la del cosmos. Por un proceso de transformaciones que nadie sabe por qué comenzó ni por qué continúa, la materia primitiva se ha ido desenvolviendo de modo que cada momento encierra el germen del que le sucederá, todo ello según reglas de inexorable necesidad. La evolución actuaría hoy a través del hombre, manifestándose en las diversas formaciones sociales que fatalmente se ensartan en la rectilínea fuerza del progreso. Lo que existe y se presenta como nuevo, como revolucionario, debe ser aceptado por ese solo hecho.

Precisamente aquí radica el gran error del evolucionismo, en cualquiera de sus aspectos. El mundo moderno, en efecto, va al totalitarismo universal, pero no en virtud de una ley inexorable, sino precisamente porque el relativismo que supone la aceptación de la evolución es incompatible con un orden moral estable que permita al individuo gobernarse a sí mismo. El evolucionismo es un determinismo, y el determinismo, precisamente, es la ley del animal; cuando el hombre se entrega a algún determinismo, la naturaleza lo castiga imponiéndole un sistema animal de vida en el cual no se gobernará por la razón, su diferencia específica con los otros seres de la cual ha abominado. El hombre de hoy podrá sentirse impulsado ha-

cia transformaciones fundamentales y negarse a volver sobre sus pasos para enmendar los errores cometidos o a someter su progreso a la dirección del orden moral; pero nada de eso será inevitable, sino producto de la libre determinación que también podrá inclinarse a optar por lo contrario.

Pero Toynbee no se plantea tantas cuestiones y sigue adelante con su optimismo panglossiano. Dando ya como establecido el gobierno mundial, se entrega a la tarea de legislar sobre las religiones superiores, y en este punto comienza a hacerse más aguda en el lector cierta sensación experimentada desde el principio de que todo lo leído suena muy familiar, muy conocido, hasta que la memoria acude con un título y un autor: "El gobierno mundial y la contra-Iglesia", Pierre Virion. Tal vez, llegados aquí, convenga establecer paralelos. Virion cita un párrafo de Víctor Blanchard, en una época Gran Maestre de la Orden Martinista y Sinárquica, en el cual se lee:

"Por encima de las diversas religiones existe una Iglesia universal compuesta por todos los creyentes dogmáticamente libres que a su convicción de la existencia de un ser supremo o Providencia unen la que tienen en la inmortalidad del alma y en el deber del amor humano proclamado como el primero por todas las iglesias y religiones". Y agrega Virion: "Reconozcamos que (esta fe básica común) se reduce, al final de cuentas, a los principios de la simple religión natural, aunque ello parezca dudoso en el Pacto Sinárquico. ¿Será el cristiano considerado hereje si su actividad en cuanto cristiano pone en peligro al Estado al exceder el marco de las creencias comunes? Sin duda, será hereje si defiende el *Syllabus*, la *Pascendi* o la *Humanum Genus*".

Toynbee, en un extenso capí-

tulo sobre el papel de las religiones en el presente, señala que deben "cambiar su actitud y conducta entre sí de hostilidad y rivalidad por la de amor y cooperación... y deben despojarse de las innecesarias excrecencias que han ocultado sus esencias". ¿Cuáles son estas "excrecencias"? Más adelante nos lo dirá: "Si las religiones superiores han de continuar haciendo lo que pueden hacer por el género humano, es de conjeturar que sus dogmas y organización eclesiásticas se harán más flexibles de lo que han sido hasta ahora". "La recalitrancia en el dogma es indudablemente una de las más notables debilidades de la naturaleza humana". Aquí el hechicero Toynbee predice que el género humano subsistirá por exactamente 2.000 millones de años, y que por consiguiente no hay dogma alguno que pueda declararse a salvo de futuras modificaciones. Pasado este momento de trance, insiste en que el irenismo, el sincretismo, debe ser la norma de la relación entre las religiones y hace el elogio de éstas por haber alejado a los hombres del patriotismo. No obstante, su particular apego por las religiones no llega a ponerlas por encima de ese mundialismo que constituye la verdadera "espiritualidad" de su sistema.

Acaso sea difícil para muchos comprender las nuevas tácticas de los enemigos de la Iglesia y del orden. El anticlericalismo ridículo y la persecución despiadada y pública han sido reemplazados momentáneamente por la política de mano tendida y de simulada fraternidad. Pero aun cuando los hijos de las tinieblas sean más hábiles que los hijos de la luz, ninguna conciencia recta tiene derecho a dejarse llevar a trampas que ya le han sido señaladas.

FERNANDO DE ESTRADA